



El escritor danés Hans Christian Andersen ha pasado a la historia como autor de algunos de los más conocidos cuentos que animaron, y seguirán haciéndolo, la infancia de varias generaciones<sup>1</sup>. Sin embargo cultivó todos los géneros literarios: la novela (de hecho alcanzó fama antes como novelista que como “cuentista”); la poesía, el teatro... y los relatos de viajes. Porque fue un incansable trotamundos para quien viajar era sinónimo de vivir. Hasta en veintinueve ocasiones sabemos que lo hizo fuera de su Dinamarca natal en un tiempo en que los viajes (por razones económicas pero, sobre todo, por falta de motivación) eran cosa de una inmensa minoría, si bien ya comenzaba a producirse un significativo cambio de actitud al respecto.

Uno de los países que visitó fue España y su experiencia quedó plasmada en un libro que, como casi todos los suyos, fue muy bien acogido por los lectores. Pero conseguir realizar aquel viaje no le resultó fácil pues, por diversas circunstancias, tuvo que aplazarlo varias veces, a pesar de ser uno de sus proyectos más deseados. Esto motivó el que se convirtiera para él en una auténtica obsesión que le persiguió durante gran parte de su vida, hasta que pudo al fin hacerlo realidad en 1862, cuando ya contaba 57 años de edad y era uno de los escritores más conocidos de Europa y parte de América.

## 1. EL SIGLO DE LOS VIAJES

Las ideas del Romanticismo que se extienden por Europa, durante el siglo XIX van a propiciar el deseo de muchos artistas, escritores, intelectuales o simples aventureros, por salir de sus entornos habituales y lanzarse al descubrimiento de otros lugares, de otras culturas. A diferencia del viajero de la Ilustración, de finales del XVIII, que concibe el viaje como una experiencia útil para su propia formación humana y científica, el viajero romántico busca sobre todo una satisfacción personal, una recreación del ánimo. De ahí que valore aspectos como el exotismo, la percepción de lo lejano, lo desconocido, lo raro, todo aquello que contrasta con su realidad más próxima. El Romanticismo idealiza el pasado,

especialmente la Edad Media, y siente atracción por el refinamiento y esplendor que alcanzó en aquel tiempo la cultura islámica.

En este contexto España se va a convertir en destino preferente para muchos de aquellos viajeros, sobre todo ingleses y franceses<sup>2</sup>, que buscan el encuentro con un país que entonces se percibe lejano, no tanto por la distancia como por el desconocimiento que de él se tiene, y cuyo subdesarrollo contrasta con el resto de las naciones de su entorno. Pero un país también que llama la atención por su historia, su folclore, su paisaje y, sobre todo, por las huellas de un pasado islámico que representa la antesala del sueño oriental que la mayoría de ellos va persiguiendo y que tiene su Meca en Andalucía, especialmente las ciudades de Granada y Córdoba. Otro punto de máximo interés es Madrid, como capital del reino; y cerca de Madrid está Toledo, la ciudad que resume toda la historia de España y que representa el mejor pórtico desde donde zambullirse en el exotismo islámico a través de la influencia dejada en tantos monumentos y en su propia configuración urbana.

Pero en el caso de Andersen, el deseo de conocer nuestro país no es consecuencia de la corriente intelectual del momento; o al menos, no exclusivamente. El origen de tal pasión tiene unas connotaciones muy particulares que él mismo nos revela en sus memorias, publicadas con el título *El cuento de mi vida*<sup>3</sup>.

*No tendría yo más de tres años pero todavía me acuerdo muy bien... Un día un soldado español me cogió en brazos y me puso en los labios una medalla de plata que llevaba en el pecho desnudo. Recuerdo que mi madre se enfadó, porque era cosa de católicos, dijo, pero a mí me gustó la medalla y el hombre extranjero que bailaba conmigo en brazos besándome y llorando. ¡Seguro que él también tenía hijos en España!*

¿Qué hacía ese soldado español en Dinamarca, en 1808? En realidad no era el único. Formaba parte de una división de 15.000 que habían sido enviados allí por el rey Carlos IV, a instancias de Napoleón, para reforzar las

< Hans Christian Andersen en 1862, año de su visita a Toledo. (Fotografía de Georg E. Hansen. Biblioteca Real de Dinamarca). Existen más de 150 retratos suyos realizados entre 1843 y 1874.

Manuscrito con dibujo del diario de Andersen (Biblioteca Real de Dinamarca)



huestes francesas en aquel país, entonces aliado de Francia, frente a una posible invasión de Suecia, aliada a su vez de Inglaterra, y de paso alejar de la península a las mejores tropas españolas favoreciendo así los afanes expansionistas del emperador francés. Pero esa es otra historia.

La estancia de aquellos soldados en la isla de Fionia, y más concretamente en su capital, Odense, la ciudad natal de Andersen, provocó reacciones bien distintas. Mientras los franceses, por su carácter altanero, no gozaban precisamente del afecto de la población local, por el contrario los españoles, mucho más abiertos y alegres,

se ganaban su simpatía y aprecio, hasta el punto de que muchos años después todavía perduraba el buen recuerdo que habían dejado. En consecuencia, Andersen tuvo desde su infancia, pero también en su adolescencia y juventud, muy viva la imagen de un lejano país llamado España que ejercía sobre él una atracción poderosa. Hasta tal punto fue así, que escenarios y personajes españoles aparecen varias veces en su obra literaria, sobre todo en sus comienzos como escritor.<sup>4</sup>

Andersen describe una España que no conoce y sólo imagina. Lo hace, además, de manera tan opuesta a la realidad, que una amiga suya, la escritora Henriette Wulff, que sí había estado en nuestro país, le envía en 1845 una carta desde Portugal rogándole que haga el viaje y conozca la realidad “porque eso que usted escribe no es en absoluto España”. Cuando al fin lo logra, es ya un escritor consagrado que ha viajado por Francia, Alemania, Italia, Inglaterra y Escocia, países donde es objeto de innumerables homenajes y agasajos. Lo han recibido reyes, príncipes, aristócratas, artistas y personalidades del mundo de las letras. Sabemos que Dickens fue uno de sus incondicionales seguidores, le invitó a su mansión, donde estuvo cinco semanas, y lo tuvo como amigo durante muchos años. Viajó en la compañía de Goethe. Oscar Wilde y Chesterton le dedicaron su admiración en cartas y artículos, Franz List le invitó personalmente a uno de sus conciertos...

Todo ese reconocimiento era algo que Andersen no sólo no eludía sino que fomentaba llevado de una vanidad desmesurada que conseguía irritar a sus interlocutores por la reiteración con que presumía de las distinciones de que era objeto en todas partes. Esto le granjeó merecida fama de pedante insoportable. Pero como todo pecado tiene su penitencia, en España va a sufrir una auténtica cura de humildad. Porque llega y aquí no le conoce nadie.

## 2. FASCINANTE DECADENCIA

Toledo es una de las etapas de su largo viaje por España<sup>5</sup>, que realiza entre el 4 de septiembre y el 23 de diciembre de 1862, acompañado por Jonas, un joven estudiante de 22 años, hijo de su amigo Edward Collin, con el que no congenió en absoluto y fueron frecuentes sus encontronazos.

Al igual que la mayoría de las ciudades españolas que ha visitado, Toledo refleja las consecuencias del

empobrecimiento, la guerra y la miseria. Pese a ello, le impacta de una manera extraordinaria, sólo comparable a la fascinación que deja traslucir también de su estancia en Granada. El pasado de grandeza, en contraste con la tremenda decadencia que encuentra en nuestra ciudad, le inspira algunas de las mejores páginas del libro que publicaría inmediatamente después de finalizar la visita a España y que, en conjunto, no se caracteriza precisamente por su calidad literaria.<sup>6</sup>

Andersen llega a Toledo desde Madrid aprovechando la línea del ferrocarril, inaugurada sólo cuatro años antes, y que supone un avance casi milagroso al permitir comunicar con la capital del reino en menos de tres horas. En la misma estación toma un ómnibus para subir hasta la ciudad cruzando el puente de Alcántara, siguiendo el camino ascendente que bordeaba por debajo de lo que hoy es el Miradero, hasta la Puerta del Sol y, traspasando ésta, alcanzar Zocodover. Le sorprende el

rugido de las aguas del Tajo que, dada la época del año, debían de ser caudalosas y llama también su atención lo que identifica como “ruinas de casas, pisos enteros” por cuyas ventanas inferiores atraviesa la arrolladora corriente. En realidad lo que está viendo son los restos de la estructura que en su tiempo encerró el célebre artificio de Juanelo y que pocos años más tarde sucumbirán a la piqueta.<sup>7</sup>

La marcha del carruaje por la empinada cuesta se hace cada vez más penosa y llega el momento en que, pasada la Puerta del Sol, los pasajeros han de descender y continuar a pie “por un estrecho callejón que descendía bruscamente y tenía un empedrado infame”. Alcanzan al fin la fonda que le había recomendado un amigo, el arqueólogo y dibujante Jacobo Kornerup<sup>8</sup>, que había visitado España dos años antes y estuvo hospedado en el mismo lugar. La familia que lo regentaba se había encariñado con él, por lo que Andersen les da recuerdos de su parte.



A la derecha, en primer término, los restos del Artificio de Juanelo que Andersen confundió con pisos enteros en ruinas. Al fondo, el paisaje desértico de los cerros del Valle por donde caminó. (Foto de Jean Laurent. Archivo Municipal del Toledo)

Aunque en el libro del viaje no nos revela el nombre del establecimiento, ni ofrece datos suficientes que permitan identificarlo, una escueta anotación en su diario nos pone sobre la pista: “Vamos a Leandro Abad, como Kornerup había recomendado”. ¿Quién era este Leandro Abad y dónde estaba su posada? Nuestros intentos iniciales por averiguarlo resultaron infructuosos, hasta que una feliz casualidad nos ha permitido hallar referencias precisas al respecto.

La clave ha sido el libro *Sketches from Memory* del pintor inglés Georges Adolphus Storey, publicado en Londres en 1899, con siete capítulos dedicados a la visita que éste realizó a Toledo entre diciembre de 1862 y febrero de 1863, y varias ilustraciones del propio autor. Ello nos ha permitido conocer muchos detalles sobre la que cita en todo momento como Casa Abad, las personas que allí residían como trabajadores o huéspedes, y el ambiente familiar y de buena convivencia que todos disfrutaban.

La localización de este volumen, del que no existe edición española, la debemos a José Pedro Muñoz



Patio de la Casa Abad, posada de Andersen en Toledo, según dibujo de Georges Adolphus Storey en su libro *Sketches from Memory*.

Herrera, quien puso a disposición del Archivo Municipal de la ciudad unos trabajos inéditos realizados por él sobre diversos temas, entre los cuales se encontraba la traducción completa de los capítulos de dicho libro referidos a Toledo y publicada íntegramente también en este mismo número. Gracias a esta fortuita circunstancia sabemos el lugar donde Andersen se hospedó durante los días que estuvo en nuestra ciudad. Un testimonio más de la grandeza y generosidad de José Pedro, cuya estela nos seguirá acompañando por mucho tiempo.

Quedaba por conocer la ubicación exacta del establecimiento, cosa que ni Andersen ni Storey nos revelan en sus textos, y el dato nos lo ha proporcionado el Libro de Vecindario correspondiente a 1862, conservado en el Archivo Municipal de Toledo, donde aparece el nombre de Leandro Abad como propietario de la fonda radicada en Plazuela de la Magdalena número 1.<sup>9</sup>

Sin embargo, desconocemos si los dos ilustres viajeros pudieron coincidir en la fonda, cosa no descartable considerando que ambos llegaron a Toledo en los primeros días del mes de diciembre, pero ni uno ni otro hacen mención alguna al respecto. Los dibujos que el pintor inglés realizó de algunas de las estancias de la Casa Abad nos transmiten una idea bastante precisa del aspecto que tenía. Por otra parte, sus comentarios sobre el buen ambiente que allí reinaba nos trasladan la sensación de un lugar agradable para el cliente. El propio Andersen, más parco en elogios que Storey, también apunta, sin embargo, a esta circunstancia, aunque su desembarco, tal como lo describe, parece de lo más desolador.

*En el zaguán nos dieron la bienvenida dos asnos, un par de gallinas y un gallo; una muchacha asomó la cabeza por un ventanuco y salió corriendo. Entonces apareció una señora de aspecto simpático, y su rostro se tornó radiante cuando nosotros le dimos recuerdos de Jacobo Kornerup de Dinamarca... Nos dieron dos frías habitaciones que comunicaban con un gran cuarto de estar y nos sacaron un brasero; hacía tanto frío que podíamos ver nuestro aliento.*

Las constantes alusiones al intenso frío que el escritor pasó durante la mitad de su viaje por España, y en Toledo en particular, llaman poderosamente la atención teniendo en cuenta su procedencia de un país de la Europa septentrional que no se caracteriza precisamente por una climatología benigna. Sin embargo, esto le incomodó de tal modo que apresuró su salida de España y, como

veremos más adelante, llegó a afectarle en su salud. Pero en Toledo es como si todo lo negativo fuera pasando por un filtro que transforma en positiva su visión de las cosas.

*Las criadas de la casa entraron en acción: mataron la gallina más vieja, pelaron tres grandes cebollas, agitaron el aceite en la garrafa y nos sirvieron el almuerzo más modesto que hasta entonces habíamos comido en España: pero el sitio era increíblemente barato, estábamos con buena gente y Toledo es una ciudad con muchas cosas que ver.*

Decidido a no perder un minuto, Andersen comienza su recorrido toledano visitando el Alcázar, que aún muestra los estragos sufridos durante la ocupación francesa pues, a pesar de que la iniciativa real ha hecho posible acometer un proyecto de reconstrucción, las obras están paralizadas. Evoca entre sus ruinas la grandeza de la que le dotó el rey Carlos I, al que equivocadamente alude como Carlos III pues su conocimiento sobre historia de España era más bien escaso, producto de lecturas superficiales y relatos de otros viajeros, aunque a veces

esto le fue suficiente para despejar algún que otro equívoco. Por ejemplo, al visitar el castillo de San Servando (al que llama de San Cervantes)<sup>10</sup> le cuentan que fue allí donde el autor del Quijote había perdido un brazo luchando por su patria, pero a renglón seguido añade que “esto es incorrecto y contradice los hechos históricos”.

La grandeza del Alcázar, que aprecia por encima de su estado ruinoso, le asombra y sobrecoge. Sólo un ala del edificio es todavía habitable y en ella están acuartelados unos cuantos soldados, algunos a medio vestir y otros con uniforme completo, mientras desde las galerías más altas unas cabras que andan por allí brincando les miran curiosas.

*Desde la terraza se disfruta de la vista sobre las ruinosas murallas de la ciudad hasta el Tajo, enturbiado con los escombros de puentes y edificios allí vertidos; los molinos de agua con sus muros mohosos parecen haber llegado hasta allí arrastrados por la corriente, cuya fuerza arrolladora amenaza con seguir arrastrándolos hacia abajo.*



El Alcázar con sus torres desmochadas, tal como pudo verlo Andersen. (Foto de Jean Laurent. Archivo Municipal del Toledo)

### 3. UN DESIERTO DE PIEDRA

Su relato a partir de aquí nos sorprende por el recorrido extramuros que dice realizar y que identificamos claramente con lo que viene a ser la “Ronda del Valle”. Algo muy popular y casi obligatorio para cualquier turista de hoy, pero inédito para la inmensa mayoría de los viajeros de su tiempo, pues la carretera que circunvala entre los puentes de Alcántara y San Martín era por entonces una entelequia y los pocos caminos, difícilmente transitables. La sola descripción haría desistir a cualquiera en su sano juicio.

*Pelados bloques de roca parda yacen aquí amontonados en furiosa confusión, como arrancados al terreno por violenta explosión; ningún seísmo podría haberlo hecho saltar de este modo en pedazos... Tornando a subir por entre las desnudas masas de roca, no se ve ni un árbol, ni un matorral; era como andar por una cantera abandonada. De súbito desaparecieron camino y vereda, no había ni una casa, ni una persona, era un desierto de piedra.*

Andersen nos describe su tortuoso paseo a través de los pelados cerros, en una sucesión de contrastes entre lo



Escultura de San Elías, que Andersen admiró en San Juan de los Reyes y de la que hizo una breve descripción. (Colección Thomas. Archivo Municipal de Toledo)

inhóspito del paisaje y su fascinación por la ciudad que desde allí se le ofrece “graciosa y pintoresca, cual gigantesca ruina coronada por el Alcázar”. Paisaje de soledad y abandono pero “al mismo tiempo sumido en una grandiosidad que embarga y fascina”. No cabe duda de que es ese cúmulo de sensaciones lo que le motiva a afrontar el reto, sin importarle el esfuerzo físico, creyéndose un privilegiado, un ser único: “Ni un alma nos salió al paso durante la larga caminata; ni un pájaro se oyó cantar o pasó volando”, escribe como gozando de su suerte.

San Juan de los Reyes es otra de las insignes ruinas que le sorprenden y atrapan hasta el punto de considerar como “un crespón de luto” las telarañas que cuelgan entre los restos de su destrozado claustro. En el interior de la iglesia llama su atención una talla en madera del profeta Elías, curiosamente la única obra artística de cuantas debió de ver en Toledo que se detiene en describir.

*Es una verdadera obra de arte, los pliegues de su vestidura están asombrosamente reproducidos, suaves y delicados; la faz del profeta posee una vivacidad maravillosa. Alguien encendió una cerilla y alumbro con ella la boca del profeta, dentro se veían los dientes y la lengua, perfectamente tallados<sup>1</sup>.*

El recorrido por la judería viene a ser trasunto del que ha realizado extramuros: escombros, umbrías casas abandonadas, ambiente de soledad en las calles... Entra en una casa, medio oculta entre ruinas, donde se sorprende a la vista de “un precioso zaguán moruno”. Pero allí no vive nadie. Luego se encamina hasta las sinagogas mientras reflexiona sobre el esplendor (otra vez la grandeza perdida) cuando allí habitaban “los israelitas más pudientes de España”, practicando su fe en un tiempo de tolerancia hasta que llegaron los días de tribulación.

Como le sucede en otros muchos lugares de su recorrido por España, Andersen contrasta la religiosidad católica, que no comprendía, con su fe protestante y, aunque se muestra respetuoso, no desaprovecha la ocasión de introducir alguna crítica. Aquí lo hace aludiendo al mal trato que los cristianos dieron a los judíos, y remata exclamando: “¡De cuánto horror, cuántas lágrimas y cuántos gritos de angustia, ha sido testigo esta tierra!” Y es precisamente en este punto donde brota su vena de gran escritor para situar un oportuno recurso dramático en medio de la escena, como una aparición sobrenatural.

*Entre los montones de ruinas vimos una columna de granito derribada; sobre ella estaba sentado, en medio de*

*aquel desierto, de aquella soledad, un viejo mendigo ciego, envuelto en andrajos; sus facciones eran nobles y el cabello blanco llegábale hasta los hombros; su imagen en aquel lugar me trajo a la memoria un cuadro del profeta Jeremías sobre las ruinas de Jerusalén... Una gran ave de rapiña pasó volando sobre nuestras cabezas, tan sosegadamente como volaría por el desierto.*

Así que el escritor prosigue su “travesía del desierto” desde la puerta del Cambrón a la de Bisagra, a través de “la vieja y ancha carretera que bordea el pie de la muralla” de la que asegura no haber conocido nada más solitario. Van cayendo las sombras de la tarde y el paisaje que se muestra en su entorno le parece vestido de luto.

*Todo parecía concertado para inspirar gravedad y tristeza. Tuve la sensación de estar contemplando una camilla sobre la que yacía el cadáver de algún hombre célebre.*

¿Qué necesitaba la escena? Naturalmente, el tañido de una campana, y éste le va a llegar desde la torre de una iglesia. Es posible, por proximidad, que fuera la de Santiago del Arrabal.

*Las campanas de la torre de la iglesia dieron la única señal de vida; el tañido de las campanas de Toledo eran latidos del corazón, pulso y voz de la ciudad.*

Esos ecos de las campanas le van a acompañar durante la noche “como algo milagroso y fantasmal” que le lleva a imaginar silenciosos espectros deslizándose por debajo de su ventana, “la procesión del Santo Oficio”.

#### 4. LA LLAMADA DE LAS CAMPANAS

La desbordante imaginación de la que siempre hizo gala, alcanza en los últimos párrafos de su visita a Toledo su mejor expresión. Nuevamente es el sonido de las campanas el que actúa como hilo conductor del relato. Lo escucha al nacer el nuevo día y proviene de dos iglesias cercanas. En su delirio uno de esos sonos le parece que repite “¡Blanca! ¡Blanca!” y el otro, “¡Sancho! ¡Sancho!” sin explicarse a quién querrían recordar las campanas con esos nombres, como deseando atribuirles una extraña voluntad humana. Quizá ha transcurrido tiempo suficiente y son muchas las sensaciones, las historias que ha oído contar; se ha imbuido del espíritu mágico de la leyenda que Toledo inspira, y renuncia a la simple descripción para dejarse arrastrar por la fantasía literaria.

*Cavilando acerca de la llamada de las campanas, parecíome oír un eco de cascos de caballo por el empedrado de la calle, como si gallardos y nobles donceles se alejasen*

*a galope sobre fogosos caballos de crines ondeantes y finas y robustas patas. En el taller del herrero resonó el martillo contra el yunque. Unas mujeres muy hermosas salieron al balcón a cantar y tocar el laúd.*

Sólo a un romántico empedernido se le puede perdonar que imagine mujeres cantando y tocando el laúd en un balcón de una calle de Toledo. Por el contrario, lo imperdonable es que un fabulador como él se enoje ante la descripción de una leyenda, por muy absurda que parezca. Ocurre cuando sube a la torre de la Catedral para ver la campana gorda y alguien atribuye el motivo de la raja que ésta luce a todo lo largo, al enfado de San Pedro porque su sonido era mayor que el de su iglesia de Roma, por lo que arrojó contra ella una de sus llaves, provocando así la fractura del bronce.

*Si yo fuese San Pedro y estuviese del humor que estoy ahora, mejor le tiraría la llave a la cabeza de aquel que viese que iba a contar por primera vez semejante historia.*

Y de la torre, al interior de la Catedral. El único sitio de la ciudad, asegura, donde puede uno recurrir si quiere ver gente. Antes pasa frente al edificio del Ayuntamiento que le parece “un baúl con dos cajones, de los cuales el de abajo está sacado para afuera”, descripción ésta que, debemos reconocer, no está exenta también de imaginación.

El interior de la Catedral lo califica de grandioso y espléndido pero se limita a describirlo a grandes rasgos, como si le resultara fatigoso pararse en tantos detalles, tal vez por no alcanzar a comprender muchos de ellos. Cuando lo hace, por ejemplo al referirse a la capilla de la Descensión, el resultado es decepcionante.

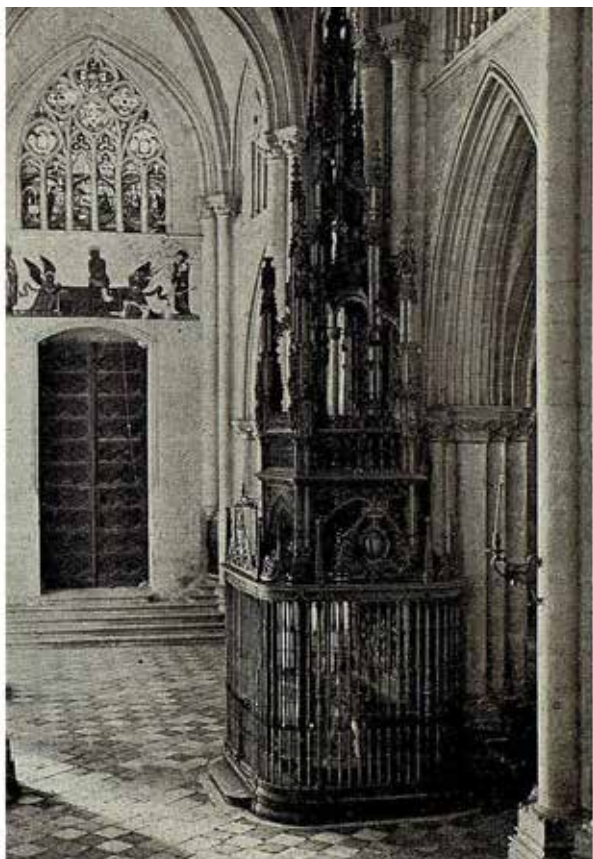
*A los lados del pasillo se sucedían los altares en fila; un grupo de devotos, la mayoría mujeres de mantilla negra, se postraban de rodillas. Vimos cómo hacían una profunda genuflexión y se santiguaban al pasar por delante de lo que, para ojos protestantes como los nuestros, no era más que un común adoquín, aunque estuviese protegido por una fina reja, al lado de un altar. Sobre este adoquín puso la Virgen María el pie cuando descendió del cielo para que la viesen los cristianos devotos de Toledo; eso dice la leyenda.*

Un nuevo y oportuno toque le motiva para cerrar el silogismo que ha planteado entre la sonoridad de la campana y el aliento de vida en la ciudad.

*Al salir de allí tocó la gran campana de la iglesia el último toque a fiesta de aquel día; el aire vibró con prolon-*



Capilla de la Descensión, donde puso sus pies la Virgen y Andersen sólo vio “un común adoquín”. (Foto Narciso Clavería. Archivo Municipal de Toledo)



*gadas sonoridades, tras las cuales se hizo el más absoluto silencio. La soledad acechaba a la ciudad y su comarca; la vida se desvanecía sumiéndose en el sosegado sueño, propio de los tiempos que se fueron.*

## 5. EL VIAJE SEGÚN SU DIARIO

La estancia de Andersen en Toledo toca también a su fin. Atendiendo al relato que nos hace en el libro del viaje a España podemos deducir que no debió de durar más de dos o tres días. Y así lo creeríamos de no ser porque las notas de su diario revelan que se prolongó por espacio de seis, desde el martes 2 al domingo 7 de diciembre de 1862, con algunos otros aportes interesantes que nos permiten seguir sus pasos con mayor detalle<sup>12</sup>. Así sabemos que llegó a Toledo en el tren de las doce y media de la mañana y que, tras el almuerzo en la fonda donde se hospedó, que le supo “picante contra lo que estamos acostumbrados”, no es el Alcázar lo primero que visita sino que emplea la tarde en deambular por las calles hasta la Catedral; le chocan algunas “pequeñas

tiendas de mal gusto”, en alusión seguramente a la poca calidad de sus mercancías, y se retira a dormir temprano.

Su primer día completo en la ciudad amanece desapacible. Anota que ha estado lloviendo toda la noche, pero ello no le desanima de subir hasta el Alcázar. Desde una de sus terrazas observa las maravillosas vistas de la ciudad, “una de las más pintorescas que he visto en España”, y del río y el puente de Alcántara, que su acompañante Jonás confunde con el de San Martín. Tras el almuerzo visitan la Catedral, anota su paso ante el edificio del Ayuntamiento y, del interior del templo, la venerada piedra donde puso sus pies la Virgen. Luego, a través de un laberinto de calles, se acerca hasta San Juan de los Reyes y consigna la sorpresa que le causa la talla de San Elías. La lluvia le acompaña de regreso a la posada donde busca refugio al calor del brasero y bebe una reconfortante copa de anís.

El jueves regresa a San Juan de los Reyes y luego, a través de un “extraño y desolado barrio”, baja hasta el puente de San Martín desde donde ve a lo lejos la Fábrica de Armas; lo cruza y recorre el paisaje desértico que se abre por el otro lado del río. Por la tarde deambula nuevamente por las calles solitarias, asombrándose de las fachadas, puertas y mil detalles que va descubriendo a su paso. Sólo encuentra a un campesino embozado con su capa y cubierto de un ancho sombrero. Luego se dirige al que describe como el único lugar de la ciudad que tiene algunos árboles plantados, unos bancos de piedra y casas alrededor y soportales, lo que cuadra perfectamente con Zocodover y no deja duda cuando añade que, a través de un gran arco árabe, desciende hasta el puente de Alcántara y contempla al otro lado las ruinas del castillo de San Servando.

Repite de nuevo el viernes la visita al puente de San Martín y anota dos detalles que llaman su atención: la estatua del rey Alfonso VII (actualmente en el paseo de Merchán) que se alzaba entonces frente a la salida del puente, y una cruz de piedra, posiblemente la del Humilladero que se alzaba entonces frente a la ermita de la Cabeza y hoy podemos ver sobre una roca, al lado opuesto de la carretera. También ocupó parte del día en recorrer los caminos circundantes por este lado del río que, escribe, “son sólo para mulas”, y desde donde contemplaría la panorámica de la ciudad. Le llaman la atención las ropas blancas (“parecía que había nevado”) extendidas sobre las orillas de los lavaderos, secándose al sol que brillaba “cálido y cansado”.



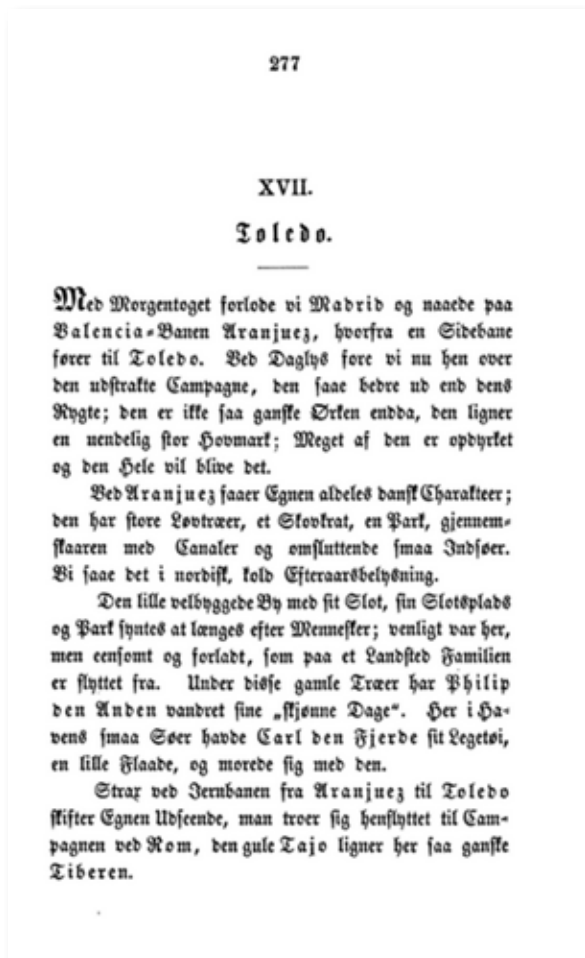
El sábado, último día completo en Toledo, visita Santa María la Blanca y posiblemente sale por la puerta del Cambrón haciendo el recorrido exterior, a lo largo de la muralla, hasta la puerta de Bisagra, tal como describe luego en el libro del viaje. También consigna una nueva visita a la Catedral y anota que tiene tres órganos. Finalmente, el domingo por la mañana sube de nuevo al Alcázar, apunta la impresión que le produce pasear a solas por el patio central y la monumental escalera. Es desde allí donde escucha las campanas en cuyos tañidos cree reconocer los nombres de “Blanca” y “Sancho”. A las tres de la tarde toma el ómnibus camino de la estación y llega a Madrid a las siete. Ese día, apunta también en su diario, siente molestias en el cuello y el pecho, síntomas de un inoportuno resfriado que le va a hacer pasar uno de los momentos más desafortunados de su viaje por España.

## 6. UN DESAPASIONADO HOMENAJE

Durante los casi cuatro meses de su periplo español, Andersen intentó en numerosas ocasiones ser recibido por alguna autoridad, sin éxito. Finalmente en Madrid consigue saludar a dos escritores de prestigio, Ángel Saavedra, Duque de Rivas, y Juan Eugenio Hartzenbusch, autor de *Los amantes de Teruel*, que era hijo de padre alemán y pudo hablar con él en este idioma. Además, le regaló dos tomos de sus cuentos y fábulas con una dedicatoria, que todavía hoy se conservan en la Biblioteca Real de Dinamarca.

Por mediación del embajador sueco (en ausencia del danés), consigue que se le organice una cena a la que asistirán unas pocas personas que ni saben quién es ni conocen nada de lo que ha escrito. Lamentablemente, el fuerte resfriado que había comenzado a incubarse en Toledo, le obliga a guardar cama y solicita que la cena sea aplazada, pero la respuesta que recibe es que el acto no

Página del capítulo dedicado a Toledo en la primera edición del libro de Andersen sobre su visita a España, publicado en Dinamarca en 1863.



se puede alterar y que si él no está, se celebrará igualmente sin su presencia, lo cual da idea del entusiasmo con el que fue acogido. Ante el riesgo de perderse el único “homenaje” que iba a recibir en España, el pobre Andersen, con fiebre y todo, se presentó en el mesón de medio pelo donde le habían convocado y a las nueve y media estaba ya de regreso en la pensión.

Pero ni el inoportuno resfriado ni la desolada ciudad que encontró fueron óbice para que guardara un buen recuerdo de Toledo. Todo lo contrario. Por encima de la imagen apocalíptica de una ciudad sumida en la decadencia y la ruina que tantas veces reflejó en su libro del viaje, surgieron ante él los destellos de un pasado glorioso como imágenes espléndidas que colmaron sus deseos de regresión en la historia. Quizá fue aquí donde más genuinamente se hizo realidad el sueño romántico

que venía buscando desde su más tierna infancia. Las últimas palabras que escribe sobre la visita así lo traslucen:

*Toledo se deja de mala gana. Es triste marcharse pensando que jamás se va a regresar, que no volverá uno a ver el lugar que de extraño modo despertó nuestra simpatía. ¿Acaso volveré a España?*

Volvió cuatro años más tarde, pero sólo de paso camino de Portugal. Esta vez su itinerario no contemplaba Toledo, aunque sí la provincia. Siguiendo el camino de Madrid a Lisboa, a través de Mérida y Badajoz, el miércoles 4 de mayo de 1866 anota en su diario: “Temprano en la mañana llegamos a la pequeña población de Talavera de la Reina”. Podemos suponer que este nuevo contacto con España traería a su memoria recuerdos del viaje y quizá alguno un poco más especial hacia Toledo.

No lo podemos saber. Pero, ¿qué nos impide imaginarlo?

#### NOTAS

1 Andersen publicó en torno a 170 cuentos a lo largo de su vida. *El patito feo, El soldadito de plomo, El traje nuevo del emperador o La sirenita* son algunos de los más populares.

2 Las campañas de Napoleón proyectaron España a primer plano de la conciencia europea. Unos 300.000 soldados franceses de la más diversa extracción social comenzaron a marchar por tierras y combatir por pueblos hasta entonces casi desconocidos. Aunque es más difícil calcular el número de tropas británicas que combatieron en la península, también para los ingleses el espectáculo de un pueblo luchando contra el invasor, estimuló su admiración como lo demuestra los más de 200 libros de recuerdos de aquella guerra publicados en Inglaterra en los años posteriores. (*España y los viajes románticos*, Vicente Lleó Cañal. En *Estudios Turísticos*, 1984, nº 83, p. 45-53)

3 Andersen publicó en 1855 su autobiografía *Mit livs eventyr (La aventura de mi vida)* traducida al español como *El cuento de mi vida*. Para este trabajo se ha utilizado la edición publicada por Ediciones de la Torre. Madrid, 2005, con traducción de M<sup>a</sup> Pilar Lorenzo.

4 El recuerdo de la ejecución de un soldado español por haber dado muerte a un francés le inspiró el pequeño poema titulado *El soldado (1829)*, que se hizo muy popular en Alemania. En 1833 publicó *Los españoles en Odense y Veinticinco años más tarde*, dos sainetes que sitúan la acción durante la estancia de las tropas españolas en Dinamarca, así como la comedia *Separarse y volverse a encontrar*, donde refleja la agitación que provocaron los soldados españoles entre las jovencitas danesas. En 1838 publicó *Lo hizo el zombi*, un poema sobre Sebastián Gómez, el supuesto esclavo del pintor Bartolomé Esteban Murillo, que durante las noches se dedicaba a retocar, y mejorar, la obra del maestro sevillano. En 1840, *La Mora*, tragedia romántica ambientada en las guerras entre cristianos y musulmanes durante la Reconquista. Más tarde, el cuento trágico titulado *Una historia de las dunas*, que tiene como protagonista un niño español que muere en Dinamarca sin co-

nocer su procedencia. El relato empieza con estas significativas frases que revelan la añoranza del propio autor por el país que no conoce todavía: "Esta es una historia de las dunas de Jutlandia, pero no empieza allá, sino mucho más lejos, hacia el sur, en España. El mar es un camino entre los países; ¡imagínate, estar allí, en España!".

5 El itinerario español de Andersen comienza con su entrada por el paso de La Junquera (Gerona), continúa a lo largo de la costa de Levante hasta Andalucía, con un breve salto de Gibraltar a Tánger, y luego por La Mancha hasta Madrid y Toledo para finalizar subiendo hacia Burgos y el País Vasco, pasando a Francia por la frontera de Irún.

6 La primera edición, con el título *I Spanien (En España)*, fue publicada en Copenhague por C. A. Reitzels Forlag en 1863. Para la elaboración de este artículo se ha consultado la edición del *Viaje por España* con traducción del danés, epílogo y notas de Marisa Rey, publicada por Alianza Editorial en 1988.

7 Los restos del artificio de Juanelo fueron demolidos en 1868 para construir en el mismo emplazamiento las conocidas como Turbinas de Vargas que aprovechaban la corriente del río para generar electricidad.

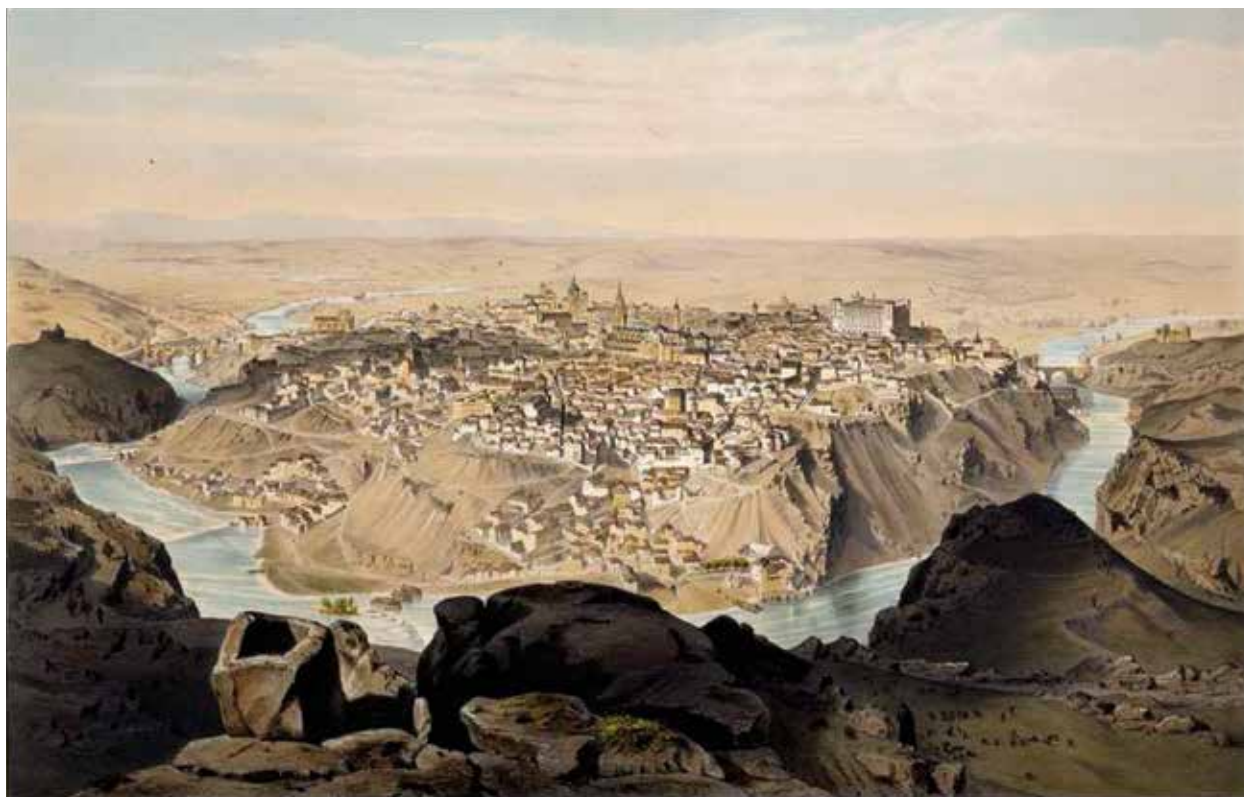
8 Los dibujos realizados por Kornerup sobre algunas de las grandes obras arquitectónicas españolas debieron infundir en Andersen aún mayores deseos de visitar España, según la investigadora Marisa Rey.

9 En el Padrón de habitantes de 1856 la dirección que figura es Horno de la Magdalena, núm. 1.

10 Marisa Rey achaca la confusión de Servando por Cervantes al mal oído que Andersen tenía para el idioma español y a la casualidad de que Cervantes en danés suene precisamente Servando. No obstante, esta alteración del nombre del histórico castillo es muy habitual desde el siglo XVI y hasta principios del XX. En su *Toledo en la mano* Sixto Ramón Parro lo achaca a una corrupción del lenguaje a través de sucesivas mutaciones en escritos antiguos, desde Servando a Servande, Servant, Servantes y, por último, Cervantes.

11 Esta talla se encuentra actualmente en la iglesia de Santo Tomé y a lo largo del tiempo ha sido atribuida a varios autores como Alonso Cano o Gaspar Becerra. Juan Nicolau apunta la posibilidad de que el autor fuera el imaginero luso-madrileño Manuel Pereira, en *Nuevas obras de Manuel Pereira localizadas en Toledo (?)*. *Archivo Español de Arte*, 1997, tomo 70, núm. 280, p. 443-448

12 Durante muchos años de su vida, Andersen fue anotando en un diario sus actividades cotidianas no con intención de publicarlas, sino para su propio uso, en ocasiones incluso acompañadas con dibujos. Estos diarios nunca han sido traducidos al español. Las referencias que aquí se recogen de los mismos han sido extraídas, parcialmente, de la edición digital del libro *H.C. Andersen dagbøger (Los diarios de H.C. Andersen)*, publicado por Tue Gad y Kirsten Weber. Copenhague, 1971, accesible en la web de la Biblioteca Real de Dinamarca <http://www.kb.dk/da/>



Alfred Guesdon, *Toledo, vista tomada desde la piedra del Rey Moro*. París, Imp. de Fois Delaruc, hacia 1855.